

Katherine Mansfield

Un mundo lleno de risas

Beatriz Espejo

Desde Nueva Zelanda, una joven escritora llegó a la escena cultural londinense a principios del siglo xx para entregar una serie de relatos que, bajo el influjo de Chéjov, retrataban con riqueza de matices y sensibilidad la vida cotidiana de mujeres y niños en la distante geografía austral. Beatriz Espejo entrega una semblanza de la vida y trayectoria de la notable cuentista.

Katherine Mansfield (Kathleen Beauchamp y posteriormente Katherine Middleton Murry) nació en Wellington, Nueva Zelanda, el 14 de octubre de 1888. Pasó parte de su niñez en un pueblito llamado Karori, a pocos kilómetros de la ciudad. La familia australiana de origen se encontraba fuera de su país porque el padre Harold, posteriormente honrado como *Sir* debido a sus habilidades bancarias de profesión, obtuvo un puesto importante. Combinaba la sensibilidad que fomentó en su hogar al llevar un tren de vida refinado y el talento necesario para hacer buenas transacciones en las que incluía comprar barato propiedades importantes. Así, Katherine conoció un ambiente tranquilo pues convivió con un matrimonio bien avenido en el que los componentes cumplían papeles tradicionales, a pesar de los sentimientos merecidos por la madre, Annie Burnell, que padecía migrañas y aparentaba fragilidad del corazón propia de las damas victorianas. Sentada en sillones mullidos, se refrescaba con abanicos de largas plumas, hojeaba figurines para mantener a las modistas ocupadas y dirigía un ejército de sirvientes. Distribuía su tiempo sobrante en leer, escribir cartas y viajar tanto fuera como dentro de su país. El grupo lo completaban dos hermanas mayores, otra menor y un hermano (Vera, Charlotte, Leslie

y Jeanne). También flotaba el remoto recuerdo de otra hija que murió. Convivían una abuela y algunas tías. Habitaban una espaciosa finca de madera denominada Chesney World, decorada al estilo de moda y se amparaban en un apellido que cobraba importancia gracias a la bonanza.

Gordita, rubia y mimada, Katherine se entregó pronto a las fantasías y al aislamiento que nutrieron sus diarios. Muchas otras de sus páginas rescataron memorias infantiles, incluso sus obras más ambiciosas, *Preludio*, *En la bahía*, *Fiesta en el jardín*, recrearon una especie de paraíso particular en el que, jugando junto a un arroyo, la niña pasaba horas sin zapatos ni calcetines y la falda levantada e intentaba coger pececitos que nadaban en las profundidades. Si atrapaba uno, lo metía en un frasco para guardarlo hasta que se convirtiera en “ballena”. Estaba rodeada por flores exuberantes consideradas sus únicas compañeras. Recordaba una mañana en que tardó la primavera y ella se escabulló hacia el jardín para tapar con una cobija la rosa que brotaba. Este gusto tan británico por los arriates llenos de violetas, petunias y nomeolvides pasó a sus cuentos, quizá porque desde temprano Katherine se empeñó en rescatar fugaces placeres burgueses y sentimientos inaprehensibles.

La belleza circundante y el bienestar de aquella propiedad avivaron sus imaginaciones. Ella inventaba hadas que restañaban heridas y apuntaba la primera sensación de soledad, su eterna compañera. Ensimismada, se sabía considerada una niña demasiado traviesa, inmadura, tartamuda, que sufría pesadillas e infringía normas caseras. En la iglesia, donde había una banca destinada a la familia, entonaba las plegarias con sus pulmones convertidos en fuelle para que Dios la escuchara antes que al pastor. Detestaba los circos tristes, sus carrmatos, fieras amaestradas y trapecistas que provocaban los alaridos del público; miraba fijamente a las personas y se balanceaba en un caballito hasta pelar el tapete de su cuarto; sin embargo, se desarrollaba haciéndole bromas al servicio y a otros miembros de su tribu y se llenaba de entusiasmo cuando algo despertaba su vivacidad característica. Sus ojos ávidos descubrían caleidoscopios del sol filtrándose en los follajes, la sombra ondulante de un arbusto bailando en líneas doradas, gotas de rocío como chaquiras sobre el césped, la gracia de los lirios y la silueta lejana de las montañas azules. Al pasar el tiempo, Katherine rindió tributo a esos paisajes de su patria.

Anotó la muerte de su abuelo, que se fue por el mundo y la invitaba a tomar un barco hacia China; sin embargo, cuando murió su abuela Margaret Isabella Mansfield —amorosa, conciliadora, dispuesta siempre a elaborar mermeladas y jaleas enfiladas en los travesaños de la cocina—, ella admitió que su alegría resultaba del valor para enfrentar problemas y que sus imágenes le llegaban volando hasta el corazón y por momentos se volvían intolerables. Logró tolerarlos y las remembranzas de esa abuela suya, que iba hasta su cama para tocarle los pies fríos y arroparla, le dieron estabilidad doméstica mientras los padres viajaban meses enteros y le inspiraron el pseudónimo que se volvería mundialmente famoso; ambos ocupan muchas páginas de sus diarios y pueblan sus cuentos.

A los nueve años Katherine publicó el primero de ellos en una revista titulada *The Only Way* (Middleton Murry dice que se llamaba *The Lone Hand*). Los retratos la rescatan con lentes necesarios durante alguna temporada, calcetas de popotillo negro, una trenza, ojos tenaces y mejillas mofletudas que le ganaban dardos de sus hermanas y desdén materno. El resto de su atuendo lo componían quizás unas botitas abotonadas hasta el tobillo. De la escolita primaria en Karori pasó a la secundaria en Wellington y a vivir en una casa con cancha de tenis, pórtico de columnas y un balcón que la rodeaba, ubicada en Tinakori Road. Luego estuvo en el colegio de la señorita Swainson ya que las posibilidades familiares lo permitieron. Allí criticaban su mala ortografía y sus puntos de vista demasiado personales. Pero un maestro la estimulaba y las opiniones encontradas respecto de su comportamiento no le impidieron sacar una revista basada en chistes y estampas.



En el año de 1903 Katherine viajó a Inglaterra junto con sus hermanos, su tía Belle, su padre —cuyas patillas y bigote “color jengibre” empezaban a encanecer— y su madre engalanada con una chaquetilla de piel de foca y el cuello levantado. En el carguero Niwaru, vía el Pacífico y Cabo de Hornos, gozó una travesía cómoda. Al llegar la inscribieron en el Queen’s College, 45 de Harley Street, cerca de Regent’s Park, Picadilly Circus y Hyde Park, fundado conforme a las ideas de F. D. Maurice, socialista cristiano amigo de Tennyson y Kingsley. La institución permitía que las alumnas eligieran materias y no vistieran uniformes, y conciliaba frecuentes visitas al London Zoo, la National Gallery, el National Theatre y caminatas al Marble Arch, Park Lane o Kensington Road; visitas amistosas y días de compras en grandes almacenes como Liberty que en su edificio Tudor ofrece aún chales transparentes, motas de avestruz, guantes aterciopelados, colonias y jabones de lavanda. Paseos culturales a Stratford-von-Avon lleno de construcciones renacentistas y con un solar desolado porque algún ministro anglicano enemigo de los turistas mandó demoler la casa de Shakespeare. Todo era estimulante a pesar de que el Queen’s no preparaba a su alumnado para inscribirse en Oxford o Cambridge. Fomentaba una forma-

ción feminista que permitió que surgieran historiadoras, actrices, médicas y luchadoras sociales. En sus escritos Katherine dejó constancias de aquella etapa de su vida, las imágenes de maestras y discípulas, las pisadas del portero sobre las piedras del patio, el tintineo de los cubos que cargaba, el rumor de la bomba de mano en el pozo, el gluglú del agua saliendo a borbotones, las aulas sofocantes y los tejados vecinos.

Hay datos que sus mejores biógrafos tomaron para atribuirle una relación amorosa con Vera Bartrick-Baker. Claire Tomalin dio a conocer las dos cuartillas de “Leves amores” en su versión mecanográfica. Ahí se describe la cercanía de los cuerpos y el abrazo que transforma el entorno mágicamente. Con un cambio de luz los pájaros del empapelado pían y las parras dibujadas sobre las paredes trenzan guirnaldas. En el cuento titulado “Clavel” aparece también Vera con una flor encarnada entre las manos, cerca de sus labios; pero es ingenuo ignorar actos de alquimia. Los creadores transforman vida en

literatura y por eso los textos no son absolutamente autobiográficos.

En el Queen’s, donde estuvo hasta los dieciocho años, Katherine dirigió también la revista estudiantil, se interesó por la música y conoció a otra amiga entrañable: Ida Baker, dócil, martirizada por su padre, un militar despótico que la predispuso a los afectos perrunos y muy probablemente le sirvió a Katherine como modelo para “Las hijas del coronel”. Mientras Ida se ejercitaba en el violín, ella repasaba sus partituras: deseaba convertirse en violoncelista. Sus obras constatan un oído privilegiado para el manejo infalible de los ritmos verbales. Durante la Pascua de 1906, la tía Belle (otro de sus personajes), que se había quedado en Inglaterra para atender necesidades de sus sobrinas y aprovechar oportunidades de encontrar marido, las llevó a París y a Bruselas, ciudades que inspiraron más historias y el gusto por volver a esos países le prestó ocasión de enviar a un amigo (¿o amiga?) un retrato dedicado “Mes mains dans les vôtres”, revelación de una joven que se quemaba por dentro sin que nadie lo advirtiera.

Hacia finales de año Katherine regresó en el Corinthic a Wellington acompañada otra vez por su familia. Se divirtió en partidos de críquet y coqueteó con un galán que la rondaba; sin embargo, no estaba feliz con su prefigurado destino de muchacha rica que, habiendo terminado la educación esencial, esperaba a un prometido conveniente. Su padre, siempre impoluto como si acabara de bañarse, procuró interceptarle los propósitos de ser concertista. Katherine pareció condescender aunque se impuso seis horas diarias de práctica musical y tres escribiendo. Mantuvo los pensamientos puestos en Oscar Wilde, personaje estelar de la escena literaria, y fantaseaba con el supuesto *glamour* acarreado por la notoriedad. Halló el modo de entretenerse según los patrones que conservó a lo largo de su breve existencia. Llenó su cuarto con reproducciones de cuadros célebres y colocó velos y búcaros de gardenias que imitaban los refinamientos decadentes imperantes. Tomaba lecciones de encuadernación y mecanografía en una escuela técnica e iba a la “biblioteca parlamentaria” en la que gozaba de privilegios cuando el Parlamento no estaba en sesión. La dejaban ocupar el salón de lectura del edificio estilo gótico. Allí leyó a Balzac, Flaubert y Maupassant en el francés que hablaba fluidamente, aunque según afirmó en sus diarios le costó trabajo porque antes había desperdiciado tiempo. Leyó a Browning, Walter Pater, Hawthorne, Whitman; a las Brontë cuyas mansiones opresivas cargadas de misterios no estaban tan cercanas a su sensibilidad como lo estaba Jane Austen y sus deliciosas tramas. Leyó además en traducciones *Ana Karenina* de Tolstoi y los diarios de María Bashkírtseva. A Elinor Glyn y a Elizabeth Robins, autora de una exitosa obra teatral *Votes for Women* puesta en escena en 1907,



PENGUIN CLASSICS

KATHERINE MANSFIELD
The Garden Party and Other Stories

With an introduction by LORNA SAGE

y presidenta de la Liga Sufragista de Escritoras fundada en 1908. Esta figura la llevó a pensar en lo que las mujeres conseguirían en el futuro cuando se hubieran arrancado las cadenas de la esclavitud. Entonces reconoció que el arte es la evolución propia, que el genio late en cada espíritu y que importa el estilo enraizado en uno mismo. Pensó que lo necesario para realizarse era poder, riqueza y libertad.

En Nueva Zelanda las mujeres ya votaban; pero los atavismos sociales no habían cambiado. Katherine entendía que su felicidad para progresar vitalmente por el momento se limitaba a prepararse estudiando a creadores importantes. En ese periodo descubrió la pintura ya reconocida y la belleza física de Kathleen Bendall con quien pasaba días en una casita de playa edificada por Harold casi entre las olas. En una página suya confiesa que esa artista la subyugaba y que apoyar la cabeza entre sus pechos la reconfortaba con las sensaciones más intensas de adoración y éxtasis. Por otro lado, al escribir Katherine dedicaba grandes espacios a una belleza paisajística, los bosques de helechos, las sombras de las raíces invadidas por el musgo, la silueta del lirio silvestre, la manuca juncal y la hermosura de un tábano inmenso junto al río Galatea. Se compró un traje típico, trató de entender las costumbres regionales y todas esas experiencias quedaron registradas en escritos, cartas y cuentos; entre ellos “Ole Underwood” y “La mujer del almacén”, notables ambos por salirse de su temática y buscar el patetismo. El segundo describe a una madre compadecida unánimemente por tener una hija autista, una madre que en realidad había asesinado a su marido y lo había enterrado al fondo del patio.

Hubo de sobrevenir la inesperada etapa de jaloneos, disputas y malos entendidos pues ninguna de las hermanas —hablaban de esto separando un poco las sílabas— se encontraba a gusto en Nueva Zelanda. Ansiaban regresar a Londres, el centro activo de la vida artística e intelectual. Katherine se mostraba la más decidida de todas. De tal suerte, consiguió lo que parecía imposible. Luego de discusiones y acuerdos logró que le alquilaran una pensión llamada coincidentemente Beauchamp Lodge, ocupada por otras aspirantes a concertistas, con cuartos y salas de recibo particulares y llaves de entrada al zaguán. Logró además que su padre cubriera una pensión de cien libras esterlinas anuales, limitada para la hija de un banquero pero suficiente para cubrir necesidades básicas y establecerse como artista.

Antes de zarpar en julio de 1908, le organizaron una fiesta en casa del primer ministro (amigo de sus padres), amenizada con concursos, discos y tiradas de tarot a cargo de una adivina profesional; la mesa adornada con búcaros floridos estaba tan ufana como la propia Katherine vestida con traje de dos piezas y pieles de zorro. Nunca regresó en los diecisiete años que todavía vivi-

ría; sin embargo, su ejemplo es el de uno de tantos escritores autoexiliados que idealizan su patria. Recordemos a manera de ilustración algunos nombres: Joyce en Suiza reconstruyendo los rincones de Dublín; Kipling nostálgico de sus años escolares en Devonshire; Stevenson en Samoa con la melancolía de Edimburgo; Huxley en Italia cumpliendo los convencionalismos de un caballero inglés. Mansfield anduvo por Europa apegada a sus primeras percepciones del mundo en una isla del Pacífico, suelo de un patriarca con nervios vulnerables, poblado por árboles frondosos y maoríes. El 15 de enero de 1922 anotó en su diario que se había soñado comprando ropa interior en Cook's y Warnock's, dos almacenes de Wellington. Los caricaturistas sacaban al patriarca metido en un traje de casimir a rayas, una mano metida en el bolsillo y sosteniendo un puro en la otra.

Katherine no cumplía aún veinte cuando ya había dado a la imprenta apuntes que le pagó una revista neozelandesa, *Native Companion*, pero buscaba experiencias que alentaran con aire fresco sus relatos; sin embargo, los más célebres se inspiraron en la ciudad de cuarenta mil habitantes que abandonó. Al desembarcar, Ida Baker, con un mango de zorro, un poco sosa como afirmaban sus contemporáneos, dotada con un cutis blanquísimo como cáscara de huevo y una serenidad reconfortante, fue a recibirla con su solicitud característica y la ayudó a instalarse. Katherine requería de esas muestras de amistad y a la vez no sabía cómo corresponderlas.

Los primeros meses en Londres no fueron placenteros y los sufrimientos y estrecheces aparecieron pronto, sin que ella perdiera ímpetus por las negativas de periódicos y editoriales. ¿Qué sentía al vivir de su pensión, quizá robándose un huevo *hard-boiled* para comérselo después, sentada al borde de una banca, caminando sin compañía o viendo tras las ventanas las tardes nubladas? Encontraba parecidos entre los animales y los hombres, búhos, topos, pájaros, y empezaba a saber tensionar sus historias que por desdicha no pueden seguirse en el orden estricto de su concepción, porque se carece de muchas fechas para registrar evoluciones. Algunas quedaban en libretas de apuntes hasta que ella encontraba la manera de tratarlas. O permanecieron inconclusas porque las rutas artísticas son impredecibles. Muchos de estos cuentos burlan las unidades clásicas y se quedan en estampas. Algunos se convirtieron en meros ejercicios o en narraciones que no llegan a las cumbres que su autora alcanzó. Para mi gusto en esta categoría secundaria estarían “Dos de dos peniques, por favor”, “El gorro negro”, “En la noche” e incluso “Cuadros primaverales”; pero no pierden algo sutil y una atmósfera conseguida con pinceladas impresionistas que rescatan sensaciones. El aroma evocador de los muelles; el de mantequilla y leche de panecillos recién salidos del horno; el de nardos y lilas que trae consigo una lejana tarde veraniega. O los rui-

dos, el de la carreta con sus viejas ruedas sobre el empedrado, el del reloj que dice *c'est ça, c'est ça*, el de un corazón amoroso revoloteando como mariposa, el chiflido del viento bajo las puertas. O las escenografías: un cerco maltrecho, la verde alfombra del césped, las cortinas de encaje que una ráfaga de viento vapulea. Fuego en la chimenea y una tetera humeante le bastaban para pintar cualquier habitación en que ocurrieran situaciones a menudo sin más trascendencia que la de adentrarse en el corazón humano. Katherine descubría rasgos de su escritura, una fórmula propia de avivar a personajes tan comunes y corrientes como podríamos serlo cualquiera de nosotros. Sólo el marino loco de “Ole Underwood”, “La niña que estaba cansada” y “La mujer del almacén” tocan escalas criminales porque la seductora Beatriz de “Veneno” representa una metáfora de la pareja que envenena sus relaciones. Los otros protagonistas no se acercan a esos abismos; sin embargo, descubren secretos del espíritu salpimentado con ironía, humor, tristeza, gracia y ternura. Son oficinistas que transitan las calles pensando en que les aprietan sus zapatos nuevos, secretarias presurosas a punto de regresar a sus casas, señoras que compran un sombrero y vendedoras ayudándolas a elegirlo. La temática de Mansfield suele centrarse en la mujer a merced de circunstancias cambiantes cada vez. Una muchacha soñadora aparece en “Miss Brill”, una madura en “El canario” (su último cuento terminado); “En la noche” se disculpan la soledad y el miedo a envejecer como causas del alcoholismo femenino. Otra serie descubre los lazos heterosexuales y las promesas de felicidad rotas porque las esposas sufren desencantos y humillaciones. La armonía conyugal aparece únicamente en las historias que recrean el matrimonio de sus padres.

Muchas estampas tienen el vago aliento de los libros de viajeras que se escribieron tanto en lengua inglesa. Otro filón es el de los adultos contrastados con los niños. “En el campo” un par de ellos juega a los casados metidos en el hueco de un nogal y simulan un par de ángeles con las alas blanquísimas. “Preludio” y “En la bahía” recorren el telón para descubrirnos a las niñas Kezia, Lottie e Isabel Burnell moviéndose con gran naturalidad y realismo ante los ojos complacidos del lector. Encantan lo mismo cuando trepan un arbusto, corren por el césped, escalan una barda de piedra o inventan maneras de distraerse.

Katherine quería labrarse una carrera y sostenía que nada la asustaba. Por ello y por su temperamento fogoso enfrentó la sexualidad de manera muy libre para la época y quemó sus naves poco después de llegar a la ciudad. Enfrentó una pelea absurda con su casera, aunque antes parecían haberse adaptado. Katherine era volátil en sus reacciones, mal administrada con su dinero gastado en docenas de flores y bagatelas. Tendía a la desconsideración y al aprovechamiento del prójimo. Se embarazó

de un músico neozelandés, Garnet Trowell, aunque estuvo enamorada del hermano de éste, Arnold. Durante una fiesta en 1909 conoció a Georges Bowden, cómodamente instalado en un piso y servido por un criado. Profesor de canto del King's College, enseñaba declamación a clérigos deseosos de mejorar su comparecencia en los púlpitos. El 2 de marzo llegó Katherine con él al juzgado ataviada con un conjunto negro, un sombrero ancho del mismo color y llevó a Ida como testigo. Luego fueron a un espectáculo musical, y al hotel para no instalarse sin mayores preámbulos en el piso de Bowden al que abandonó a las pocas horas por razones que nunca se han esclarecido. Las preguntas surgen y hay un margen aproximado de respuestas. Es posible que él se hubiera ilusionado y ella encontrara el matrimonio como tabla de salvación contra la suspicacia y el escándalo familiar; pero aún estaba enamorada de Garnet, que por el momento trabajaba en una compañía operística, los Moody-Manners, y Katherine viajó para buscarlo hasta Glasgow aunque Georges tuvo la pésima ocurrencia de anunciar su boda en el *Morning Post*, el 17 de mayo, cuando ya había sufrido el desastre.

Katherine no pudo regresar a su antigua residencia. Albergaba sólo solteras. Halló un alojamiento adonde su marido fue a tocar sin que le abriera la puerta. Ella volteó la espalda a un estilo de vida y necesitaba uno nuevo. ¿Cómo supo su madre de aquel naufragio? ¿Le escribieron los Trowell? Tal vez la misma Katherine pidió ayuda económica y como nunca quiso abortar calmó la espera con una escapatoria a Bélgica. Le sirvió para escribir “Viaje a Brujas”, que con su soltura habitual traza retratos. Se pinta a sí misma, las incomodidades de una serie de transbordos y sus ideas de la pareja pegada con alfileres. También hizo “Una aventura verdadera” que incorpora a una antigua amiga suya de Nueva Zelanda, Betty Sinclair. Ambos textos tienen la acerada crítica, sentido del humor y una sorprendente despreocupación con que veía el entorno durante una época que cambió el curso de su vida.

Cuando terminó mayo, Anne llegó a Londres llena de interrogantes y sin acordarse de sus cardiopatías. Reunió a Georges y al coronel Baker. Concluyeron que la causa era una sospechosa relación lésbica y tomaron medidas. Despacharon a Ida a las Islas Canarias y Katherine salió con su madre rumbo a Bad Wörishofen insertada en las colina de Munich. ¿Qué se dijeron estas dos mujeres primero en un hotel de Manchester Street y luego en un tren que recorría Europa? ¿Qué explicación presentó Katherine para romper esta vez todas las convenciones? Anne no tenía la amplitud de criterio como su mejor cualidad. Decidió sofocar habladurías con la receta común en esos casos. Su regordeta hija tenía cinco meses de embarazo, y Mrs Beauchamp no se tocó el alma para regresar el 10 de junio en el Tongariro. Vera pre-

paraba su casamiento con un geólogo canadiense en una ceremonia tan lujosa que los barcos de Wellington izaron banderas para unirse a la celebración. Tan pronto sus compromisos le dieron respiro, Anne pidió cita con un notario. Ante un escritorio de caoba sufrió uno de esos estremecimientos que su hija imitaba bien, apoyó el puño contra la quijada que anunciaba el derrumbe de su forma con dos arrugas bajándole desde la nariz y cambió el testamento. La atolondrada Katherine no heredaría ni un centavo.

Mientras tanto, Mansfield se mudó en Baviera a la Villa Pensión Müller de paredes encaladas y tejas. Estuvo allí siete semanas con estados de ánimo cambiantes que se transplantaron a su pluma, hablándole mentalmente a su hijo. Parecía una carta que no envió dirigida al ajeño Garnet o un diálogo interno con su madre poco solidaria. A los seis meses le sobrevino un aborto por el que sufrió hasta su muerte; pero puso un velo sobre estos penosos incidentes entreabierto sólo en los cuentos de su primer libro, *En una pensión alemana*. Su agudo sentido crítico se afiló por las circunstancias en que se encontraba y se nota en el conjunto publicado en 1911. Antes había procurado que la recibiera James B. Pinker, agente de Henry James, Conrad y luego de D. H. Lawrence. El libro se lo publicó un amigo de Orage, Charles Granville, bajo el sello de Stephen Swift. Obtuvo rápidos reconocimientos, alcanzó la tercera edición pero su venta se vio interrumpida por la repentina bancarrota del editor. Katherine recibió quince libras a cuenta de regalías.

El libro recoge sentimientos y situaciones de una jovencita expuesta a la curiosidad de las matronas parteras. “El barón” alude a una gorrita para bebé que la narradora pensaba tejer. “Un espíritu moderno” se mofa de la cursilería, “La dama progresista” enjuicia el feminismo ramplón. Los alemanes están descritos con la antipatía que despertaba un ambiente hostil. Y la auténtica amargura del momento se nota en los personajes masculinos burdos, exigentes, empeñados en acaparar la atención y en un contradictorio y justificado horror por la maternidad explícito en “Un nacimiento” y “El café de Lehman”.

Katherine, que desde el principio descubrió su vocación, a pesar de pasajeras dudas musicales, la abrazó con fuerza y constancia, eligió un número cabalístico: trece narraciones para su libro. Siete recogen anécdotas ocurridas en la pensión Müller de Mildelbau. Los seis restantes, mejores si se atiende su intensidad y técnica, tocan distintos temas. Conservan el sabor local germano y denuncian la supuesta estulticia de un pueblo reticente a las excelencias del té, el críquet, un pueblo inmune al talento de Leighton, Chaucer y Shakespeare. Salvo “El barón” y “Alemanes a la mesa”, que satirizan los malos modales, los cuentos se preocupan por la problemática femenina. La parturienta, la criada, la coque-

ta, la dama culta, la casada tradicional, la soltera desprotegida, la artista. Exponen pequeñas y grandes desventajas que les acarrea su índole biológica y el papel asignado ancestralmente. No son damiselas atentas a concertar matrimonios en la sociedad condal como las de Jane Austen (quien nunca se casó y no supo que lo difícil no es la boda sino el devenir cotidiano). Las mujeres de Mansfield más de nuestra familia pertenecen en los estadios de la clase media o de la burguesía del siglo XX; a pesar de todo, se emparentan con las sufragistas o con las que en un momento dado sirvieron de inspiración a los movimientos feministas posteriores.

Antes de escribir sus cuentos, se había formado un criterio y seleccionaba lo necesario. Sus protagonistas actúan de conformidad; no se apartaba de la línea establecida de antemano. Para sobrevivir a sus dolores se defendía con la espada del humor inglés traído de las colonias. Muchas de sus congéneres tenían sueños para el porvenir; pero Katherine se dispuso a realizarlos. No sólo escribía con precisión, conservaba un dominio de los efectos que buscaba. Con unas cuantas frases planteaba tramas y situaciones. Se apoyaba en su prosa cuidada y en pasajes coloquiales con diálogos maliciosos.

“Frau Brechenmacher asiste a una boda” se inspiró en la casa de un cartero en la que pasó una temporada. “La niña que estaba cansada” es una traducción libre de un cuento de Antón Chéjov que en versiones españolas apareció como “La niña”. Parece un plagio, un fusil como decimos en la jerga mexicana, y al compararlos no hay duda. Presentan el mismo tema, un inicio y un final parecidos, un mismo desenlace. Katherine le prestó más atención a los personajes secundarios, a uno de los cuales llamó Antón, ¿para que los estudiosos tuvieran una pista y la certidumbre de que no quería negar sus fuentes? Resulta mejor el ejercicio literario de una joven que nunca creyó ser descubierta y que contenta con el resultado lo incluyó en su colección sin mayores observaciones porque entonces el escritor ruso era todavía poco leído en Inglaterra. El asunto trajo una serie de polémicas que no pudieron callar ni Middleton Murry ni A. E. Coppard, sus más asiduos defensores. Sin embargo, Chéjov fue para ella una influencia decisiva hasta el final de sus días por la intención de centrarse en situaciones que suceden a menudo. Ante las disyuntivas que los caminos de la vida nos presentan solemos tomar rutas equivocadas y de vez en cuando atinamos.

Florian Sobienowski, persona siniestra que le contagió una gonorrea desatendida con atroces consecuencias, puso en sus manos los trabajos de Chéjov traducidos al alemán y se convirtió en Casimiro de “El vaivén del péndulo”, empeñado en vender sus propios escritos sin éxito. La pareja del relato capotea la miseria, no sabe cómo mantenerse hasta fin de mes y se esconde de la casera que les cobra la renta. Lo único bonito del cuar-

to son unos jazmines que exhalan perfume desde sus pétalos opulentos. Ella fantasea con la posibilidad de encontrarse a un rico bien alimentado, con el mundo como salón de juegos. Lo descubre parado en el pasillo y lo deja entrar. Tras diez segundos de forcejeos, le ve cara de perro y acaba bendiciendo a Casimiro, la más viable de sus opciones. En la realidad, apenas comprobó los pocos escrúpulos de Florian, el fastidio de compartir su mesada y el ver sin paliativos que cuando la penuria entra por la puerta el amor sale por la ventana la hicieron refugiarse en Londres sin despedirse. Encontró refugio temporal nuevamente con Ida. Llevó sus textos a Orage, ya citado, que se convirtió en el maestro que la enseñó a corregir y su editor en *New Age*; allí salió entre otros “Un nacimiento” de gran trascendencia en el desarrollo de su arte. Una vena que exploró en otros relatos como “El cansancio de Rosabel” conjuga los sucesos contados y los pensamientos de sus protagonistas que abrieron túneles transitados por el cuento moderno. “Un nacimiento” aposenta la anécdota en sus recuerdos de infancia. Andreas Binzer, hombre impositivo y egoísta, está basado en Harold Beauchamp, ansioso padre de un hijo que lo sucederá en los negocios y mantendrá su apellido, aunque ya tenía varias hijas. Él está empeñado en que hagan caso de sus ansiedades, sin darse cuenta de que los verdaderos dolores son soportados por su esposa durante el parto. A pesar de los nombres bávaros, Wellington se trasluce en sus calles y en la casa donde sucede la acción y que pueden identificarse actualmente. Surge en el ambiente y las costumbres familiares e incluso en el abundante desayuno que a Binzer le apetece, especie de rito que equipa a los ingleses para enfrentar los avatares cotidianos. Katherine consiguió un cuento redondo que admite muchas lecturas y que ha sido visto como el primer peldaño que va rumbo a cimas más altas. Antes Katherine se mudó con el maestro y Beatrice Hastings a un edificio de Kensington, Abingdon Mansions, de Pater Street. Orage tenía un matrimonio abierto, se enamoró de Katherine y siguió publicándole sus textos.

Ella vendió otra narración, “Mary”, a *Idler*, revista de escaso patrocinio que desapareció. Quiso comunicarse con Garnet sin recibir respuesta; tuvo un renovado interés por las actuaciones teatrales, interés que había experimentado antes porque se usaban veladas poéticas, y pasó una etapa de esnobismo disfrazándose de maorí, japonesa o rusa para recibir a sus amigos y sentarlos en cojines o recostados en divanes. Modificó su aspecto, adoptó el peinado de polca y fleco que usaban las audaces, su imagen más difundida; además, había perdido muchos kilos y la mirada ingenua. Asistía a conciertos en Covent Garden, fumaba sin parar, se mantenía al día en sus lecturas, daba opiniones controvertidas y moldeaba una personalidad. Contempló largamente la mues-

tra postimpresionista organizada por Roger Fry elogiada por el grupo de Bloomsbury y los cuadros de Van Gogh le causaron una sacudida de libertad. En el intervalo tuvo una “peritonitis” que resultó ser un problema ginecológico. Le operaron del lado izquierdo la trompa de Falopio por la gonorrea contraída, que pega las trompas y destruye el aparato reproductor. Quizás esto la condenó a la esterilidad, ¿o fue el haber abortado a los seis meses de embarazo? Parece sensato concluir que ambas desgracias se conjuraron y se dice que esa intervención quirúrgica era lo menos recomendable porque no la sometieron a un tratamiento previo para evitar que la infección se extendiera a su organismo y propiciara enfermedades posteriores.

Katherine abrazó una ciudad efervescente con el sufragismo en su cúspide militante, apoyado entre otros por H. G. Wells y Bertrand Russell, aristocrático nieto de un primer ministro, miembro de la junta de gobierno del Trinity College de Cambridge, filósofo y matemático que encontró a Dios al calcular el infinito. Había publicaciones como la *English Review* buscadora de talentos con un consejo editorial en el cual figuraban escritores de ideas avanzadas, o *New Age*, dirigida por A. R. Orage, quien vivía en unión libre con la escritora Beatrice Hastings y editaba artículos que pedían reformas a la ley salarial, proclamaban la eugenesia y se manifestaban contra la pena de muerte. El grupo de Bloomsbury se consolidaba con reuniones regulares en casa de Virginia Stephen (Woolf) y había promotores culturales: Gwen Otter, anfitriona literaria, John y Mary Hutchinson y Lady Ottoline Morell con su hospitalidad sin restricciones, su rancio abolengo, su jugosa renta de mil quinientas libras anuales gastadas pródigamente, una cultura conservadora que intentaba acrecentar en su salón pletórico de escritores y sus artes seductoras que unos encontraban risibles y otros, el mismo Russell o D. H. Lawrence, irresistibles o lo suficientemente interesantes para ser una correspondencia constante. Lady Ottoline y su marido poseían Garrinston, mansión isabelina cercana a Oxford, con un extenso parque de cedros recortados y habitaciones suficientes para alojar artistas y pacifistas siempre bienvenidos.

Este arcoíris luminoso al alcance de la mano debió de deslumbrar a Katherine, quien menciona en sus diarios a los personajes citados. Supo mucho antes que eran nulas sus posibilidades de triunfo en la música al compararse con las jóvenes que vivían cerca de ella, que los mítines celebrados en Baker Street la dejaban fría y que el mundo estaba cargado de risas ajenas a las sufragistas. Pero qué sentía cuando paseaba por Bloomsbury Square surcada por casas prepotentes de fachadas similares. Casas que parecían mantener sanos y salvos a sus privilegiados moradores. Esas fachadas no le sonreían. Eran absolutamente indiferentes pues miraban siempre



Katherine Mansfield con su esposo, John Middleton Murry, 1920

hacia el cuadrado del parque y cerca de allí estaba la que sería su verdadera antagonista, su amiga-enemiga Virginia, por la que no llegó a sentir afecto sino una admiración no del todo correspondida. En las cartas y memorias de Woolf se nota que el arte de Katherine Mansfield únicamente le interesaba en parte y que la observaba de manera condescendiente con una especie de esa inefable superioridad que en el fondo los ingleses experimentan por todos aquellos que no hayan gozado desde la infancia del perfil negro y enhiesto del Big Ben.

Los sabios asientan que la soledad en compañía es la más agresiva soledad; pero debe hilarse fino. Por su talento para fijarse en el carrete que se sale del costurero, a Katherine le costaba la convivencia y curiosamente la necesitaba para afinar su arte, tal vez por ello escribía muchas cartas. Jamás descansaba su pequeña máquina Oliver de teclas blancas, rodillo de hule negro y cintas que daban vuelta enrollándose de un lado a otro.

En mayo de 1910 llegaron los Beauchamp para la coronación de Jorge V, rey de Gran Bretaña y emperador de la India que adoptó como nombre dinástico el de Windsor en lugar de Sajonia Coburgo. Katherine escribía por entonces parodias de escritores importantes y el encuentro con su familia no fue muy entusiasta por ningún lado. Desde 1909 llamaba a su madre Jane y no guardó su correspondencia. A su hermano Leslie en cambio trató de introducirlo en el ambiente londinense y le entregó llave de la casa adonde se había cambiado, un edificio rojo, Clovelly Mansions con varias habitaciones, cocina y baño, buena vista sobre la City al este y al oeste, los tejados de Bloomsbury y las colinas distantes de Hampstead. Limpió meticulosamente ca-

da esquina. A pesar de no ser buena cocinera cuidaba el orden y la decoración arreglada pobre y estrafalariamente con briznitas de pasto como las golondrinas a quienes conviene cambiar de nido. Se agenció algunos muebles prestados y un Buda sobre la chimenea. Tenía piano, vasos con crisantemos y un escritorio con cubierta corrediza.

En diciembre de 1911 conoció en la casa del novelista W. L. George a John Middleton Murry, estudiante de Oxford, algo menor que ella, a quien le rentó un cuarto por siete chelines y seis peniques. Murry se mudó en abril y la relación devino en matrimonio. Él editaba con Michael Sandleir una revista, *Rhythm*, forrada de cartulina violeta, que atesoraba reseñas artísticas y en los últimos tres números tomó el nombre de *The Blue Review*. Katherine empezó a colaborar allí y su cuento "La mujer de la tienda" causó cierta sensación. Siguió publicando un lapso en que la dirigió conjuntamente con Murry. La mayoría de los textos escritos en ese periodo, a veces dos por mes, fueron editados en *Something Childish, and Other Stories (Algo infantil y otras historias)*. En julio de 1913 murió *The Blue Review*.

Por entonces Murry vestía gruesos *tweeds* y corbatas regimiento, tenía pelo castaño ondulado, grandes ojos sorprendidos, boca bien delineada y un rostro guapo. Gracias a un tutor entró a la universidad y demostró su gran capacidad. Fue a París en 1910. Leyó a Bergson, caminó las calles, visitó galerías, se enteró de la existencia de Pablo Picasso, Georges Braque y André Derain. Quiso escribir poemas y novelas, abandonó la universidad en la que se graduó luego y con el apoyo del pintor escocés John D. Fergusson y de uno de sus amigos de Oxford planeó su primera revista, que pretendía cu-

brir las vanguardias. En su primer editorial asentaba que el arte no se nutre de la religión sino de la amoralidad. Katherine lo sedujo desde el primer instante por su manera de comportarse, conversar y defender sus ideas. Ella quería ser tratada de igual a igual y curiosamente era una niña. No obstante los reveses de su destino, cuando el mundo ya no estaba cargado de risas, siempre lo fue. La luna de miel ocurrió en París, donde ella conoció a Francis Carco. Como ella cambió de publicación, Orage la consideró una traidora, escribió un demoleedor retrato en *New Age*: bajo el nombre de Moira Foisacre la pintó como una promiscua inteligente que escondía en su departamento a un joven literato. Aldous Huxley ironizó sus juicios en Mary Thriplow, de *Esas hojas estériles*, y desdeñó a ambos amantes en pasajes de *Contrapunto*, novela que tuvo traducciones y grandes ventas todavía en los años cincuenta; sobre todo, denostó a Katherine considerándola fea, de cara larga y cansada, una mala escritora a quien su pareja procuraba publicar. Algunos datos más coinciden y por supuesto el dibujo en su conjunto resulta desvaído. Desde luego los dos leyeron el libro y, como debe ser, las alusiones no les importaron demasiado, pero una vez que se dieron a la luz las cartas que cruzaron (no pudieron casarse sino hasta 1918, cuando Bowden concedió el divorcio), se interpretó la naturaleza de la unión. El idilio, y en esto sí el misógino Huxley acertó, tuvo un rápido descenso por la precaria naturaleza de Katherine: la agobiaban sus problemas bronquiales, reumas, fatigas. Padecía accesos de tos que la deformaban por instantes. John desesperaba y, si por un lado la admiraba cada vez más como escritora, por otro disminuía la atracción física del principio. Aparte, los artículos de Murry y la mensualidad de Kathy no les alcanzaban. Tales enfrentamientos, unidos a la escasez económica, jamás disminuyeron el gusto de ella por las cosas bonitas y costosas. Y al parecer la pareja confiaba a sus amigos sus bandazos sentimentales.

A pesar de todo, las relaciones fueron fructíferas. Le dieron a Katherine una estabilidad creativa y la espina de sus primeras, desastrosas experiencias heterosexuales le siguieron sugiriendo buenos cuentos: “Millie”, “Pension Seguin”, “Bains turcs”. Llenos de nostalgia, los cuadros neozelandeses seguían emergiendo a través de la distancia. Los viajes le brindaron motivos para denotar la moral predominante y la estupidez de que la bobería era una cualidad recomendable en las mujeres. “La mosca” y “Feuille d’album” denotan su conocimiento de las reacciones humanas. “Algo pueril pero muy natural”, una obrita maestra, desvela la historia de dos adolescentes, Henry y Edna, que se encuentran en un vagón del metro. El intercambio de palabras surge inevitablemente como los sueños, las citas, los brincos del corazón bajo nubecillas plácidamente silenciosas, aire tibio, ri-

sas continuadas. Resulta un verdadero *tour de force* para cualquier cuentista mantener esa paleta tenue cuyos efectos se contemplan mejor a la distancia aunque la felicidad es un cristal que se rompe. En lugar de vivir con Edna, Henry huye. Mantiene su conducta enraizada y anuncia el rompimiento por telegrama. Entonces el jardín se llena de sombras y teje una red de tinieblas alrededor de la casa.

Con la desaparición de las revistas de Murry, Katherine no tenía manera de publicar. Su bello cuento “Algo pueril pero muy natural”, escrito en París, fue rechazado por varios editores. No encontró acomodo hasta que con Murry y Lawrence hicieron tres números de una pequeña revista, *The Signature*. Cuando ésta cerró, sólo otros tres cuentos salieron el año 1918 en periódicos, hasta que Murry se convirtió en nuevo editor, en *The Athenaeum*, en 1919; sin embargo, poco antes “Preludio” (en algunas traducciones “El áloe”, según su título original) había salido como novela corta en Hogarth Press, en 1918, la imprenta de los Woolf.

En medio de todo esto, al estallar la Gran Guerra, en 1914, y generalizarse entre los ingleses un sentimiento antigermano, varios editores ofrecieron cantidades apreciables por su primer libro. A Katherine le chocaban el oportunismo y se negó a la reimpresión. Aparte, se empeñaba en superar sus primeros trabajos y las circunstancias que los inspiraron. Decía que no podía seguir imponiendo ese material al público porque jamás fue lo suficientemente bueno. John quiso convencerla de que era excelente gracias al original manejo del lenguaje, las estructuras impecables y por haberlo escrito una muchacha de veintitrés años que llegó a la literatura para quedarse. Katherine prometió considerar la propuesta si le permitían hacer algunas modificaciones y notas introductorias; anteriormente había dejado fuera de la colección “The Blaze” (“Una llamarada” en español), los dos de su viaje a Brujas y “El cansancio de Rosabel”. Nunca cumplió esas promesas y *En la pensión alemana* no se reeditó hasta 1926, después de su muerte.

A continuación escribió “La pequeña institutriz” donde retoma a la muchacha desvalida y al muchacho impositivo. Logró un avance técnico al depurar los monólogos internos de su personaje principal que, como en textos anteriores, anunciaban una madurez formal.

D. H. y Frieda Lawrence invitaron a Gordon Campbell y a los Murry como testigos de su boda, en el registro civil de Marloes Road, el 13 de julio de 1914, y a poco los introdujeron al grupo de Bloomsbury. Ambas parejas se trasladaban constantemente de un lugar a otro para capotear fríos por la precaria salud de Katherine y Lawrence, a quienes los médicos aconsejaban huir del clima londinense. Planeaban aprovechar el otoño en diferentes lugares; pero el 4 de octubre estalló la Primera Guerra Mundial que los dejó atónitos. Compraban pe-

riódicos, iban a las embajadas en busca de noticias, todavía así creyeron que el conflicto duraría sólo meses.

A Harold Beauchamp no le simpatizaba ese yerno que compartía la mensualidad de 120 libras que ahora le mandaba a su hija, para quien no resultaba fácil la convivencia pacífica con nadie. La guerra anunció dificultades y ella fantaseaba con otro hombre que la cuidara y mantuviera. Su manera de lograrlo eran las pasiones encendidas que despertaba aunque fueran de corta duración. Entusiasmó a varios candidatos, entre los que se contaba Bertrand Russell, y salía con él vistiendo un mantón español que le prestaba Lady Ottoline, en crepé de seda negro adornado con flores, frutos y pájaros en los “más delicados colores imaginables”. Para esas fechas había diseñado su imagen y atraía las miradas masculinas cuando entraba a los cafés, fumaba distraídamente siguiendo las serpientes de humo que escapaban al techo y usaba sombreros y abrigos favorecedores. Empezó a viajar sola.

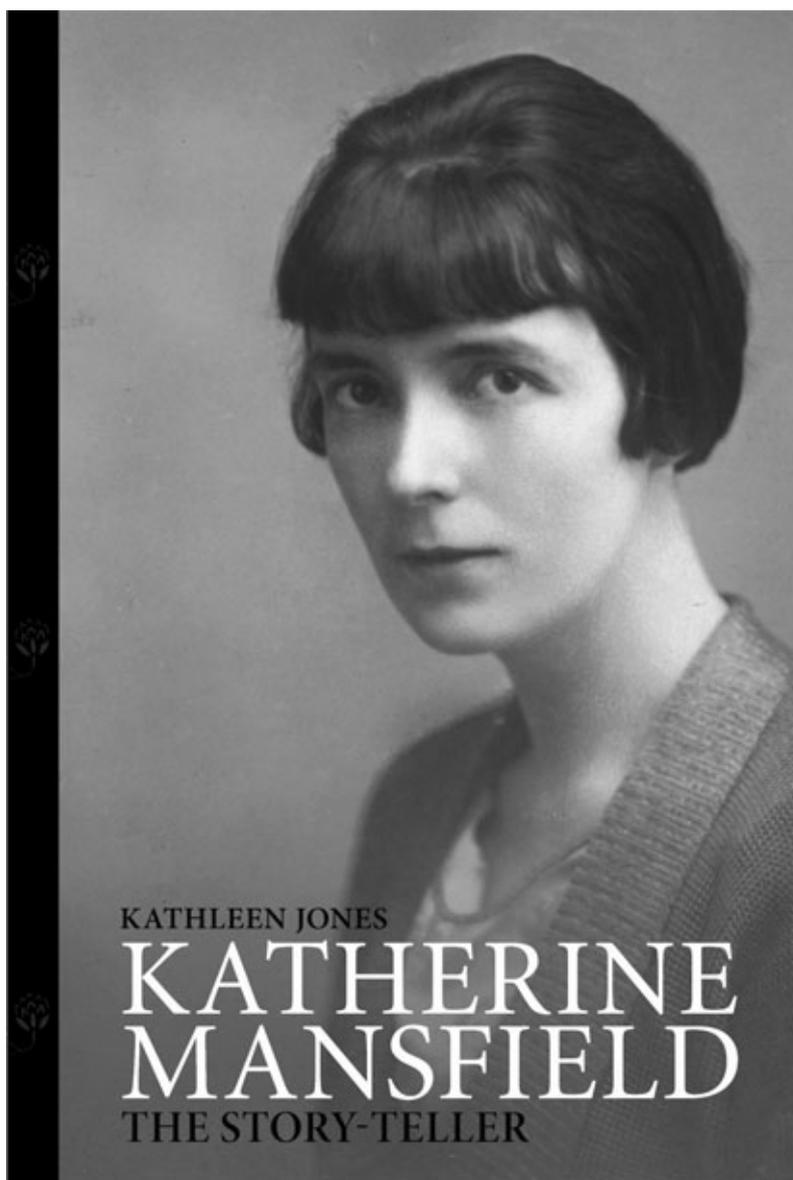
Por órdenes de su padre, en la oficina de Mr Kay que le entregaba puntualmente su mesada, encontró a su hermano Leslie. Comieron juntos y ella le dijo que iría a Francia para hacer algunos reportajes. En verdad, enfrentaba problemas con Murry. Si Lawrence era monógamo, Katherine se mostraba enamoradiza. Mantenía un romance con Francis Carco, nacido en Numea, Nueva Caledonia, y quien había sido amigo de Colette —negro literario de Willy—, escribía buenas novelas y en ese entonces era un soldado pequeño de estatura del ejército francés. Para verlo, Katherine viajó a Gray, en la zona de combate. Para conseguir el permiso, fingió ir de visita a ver a una tía enferma. Señales de la aventura descubren sus “Cuadros primaverales”, “Dos de dos peniques por favor” y “Una jornada indiscreta”. Demostró nuevamente que escribía sobre lo conocido a fondo y que no abandonaba noticias autobiográficas, modificadas y decantadas artísticamente. Quizá se ilusionó con algo firme y su percepción receptiva la llevó a redactar esa su “Una jornada indiscreta” llena de desencanto.

Terminó con Carco y se reconcilió con Murry, entusiasmada con editar una revista quincenal para patrocinadores privados. Seis números a dos chelines por trimestre. Mientras se redondeaban esos planes que no cuajaron, se mudó a un departamento prestado por Carco y se dedicó a su arte. De nuevo sus diarios recogen sus recorridos por las callejuelas, sus descubrimientos citadinos, su constante sensación de aislamiento, sus impresiones de una guerra que muchos entendían como un encuentro caballeroso, avance de los adelantos técnicos militares sin las repercusiones que trajo consigo, un inevitable horror, viudas desoladas y orfandad. Si al inicio Katherine la vio como fuente de estímulos literarios con el doo-da-doo-da de los zeplines, después fue un episodio tristísimo. Su hermano, que había llegado

a Londres procedente de Nueva Zelanda rumbo al frente y cuyo intercambio de conversaciones le inspiró “El manzano” y “El viento sopla”, murió en octubre de 1915. Ella tuvo una crisis manifiesta en su escritura y en su persona. Un desgarramiento que constataron los testimonios de sus amigos. Desde Hampstead, Lawrence le mandó una prédica pretendiendo consolarla. Sonaba hueca y no la consoló. A pesar de las frases bien intencionadas, la muerte deja un silencio helado. Ella supo que antes de morir su hermano la llamaba diciéndole que no podía respirar. Uno de los diarios constata que desde entonces quería reconstruir los recuerdos de su país hasta agotar la tinta porque su hermano y ella habían nacido allí.

Katherine estaba enferma, deprimida, sin que la reconfortara la idea de Lawrence de que un joven tan amado se había alejado para renacer. Pero siguió publicando. A esta época pertenecen “Clavel”, “Cuento suburbano” y “En el campo”, algunos ya citados.

Los Murry se trasladaron a Francia. En Bandol, en la estación ferroviaria con su reloj redondo y su rejería *belle époque*, Katherine recordó a su hermano, las parejas neozelandesas e hizo su primera historia larga, “El



áloe”, al que nos hemos referido con frecuencia y que empezó a trabajar en Bandol, pero no la dejaba del todo satisfecha y prefirió revisarla posteriormente. El asunto requería concentrar la emoción y la técnica que sólo se consiguen alejándose del texto. Finalmente salió, como sabemos con el título de “Preludio”. La familia usaba el apellido materno —no obstante la lejanía sentimental entre Anne y ella— y aparece en los inicios de su carrera hacia la prosperidad. Los niños son pequeños, Stanley Burnel pisa los primeros escalones del éxito y los hechos se cuentan con una prosa ligera, cálida y profunda a la vez. Katherine dividió el texto en doce pasajes, a manera de novela corta, por los cuales desfila cada componente de la familia. El padre, para conservarse, respiraba hondo, se encogía como rana, extendía bruscamente las piernas y se vanagloriaba de su vigor; luego separaba su cabello rojizo con los ojos azules muy abiertos y fijos en el espejo, las rodillas flexionadas porque el tocador “maldito sea” resultaba bajo para él. La tía Bell con sus bonitos brazos pecosos, la abuela que provocaba sentimientos reconfortantes por el hecho de verla y desprendía un

aroma dulce. Y sobre esto el cambio a la casa importante y la descripción de los niños que actuaban como niños de verdad. “Preludio” marca el comienzo de su fase final en un consecuente desarrollo literario. La guerra le había llegado como una conmoción. Tuvo un periodo de profundo decaimiento y después sus pensamientos volvieron a su niñez; pero tras la publicación de *Gloria*, por el que recibió un adelanto de cuarenta libras, empezó a recibir cartas de personas desconocidas que la estimulaban.

En diciembre de 1917 sufrió su primer ataque de pleuresía. La tristeza de Londres bajo los efectos de la guerra la obligaron a irse en 1918. En Bandol las cosas resultaron peores. Al fin llegó a París gravemente enferma; su enfermedad se convirtió en tuberculosis. Comenzó su peregrinar, de nuevo Murry su editor en *The Atheneum* le permitió que comenzara a escribir críticas e historias bajo la firma K. M., que cobró fama. Ella otra vez huyó hacia Ospedaletti y Mentone, Italia, y de allí a Montana, Suiza. En el otoño de 1921 terminó *La fiesta en el jardín y otros cuentos*, publicado en 1922, que la consagró como la más notable escritora de narraciones en Inglaterra. A partir de entonces sus diarios registran una lucha. Siempre perdía batallas. Apenas si lograba unas cuantas frases, entre las que destacan los primeros vómitos de sangre que la aterraron; tenía el anhelo de escribir poesía, sin darse cuenta de que muchas narraciones suyas eran poesía en prosa.

Le obsesionaba la idea de ganar dinero para que John y ella pudieran pagar deudas y vivir honorablemente. Se aficionó a la *Biblia*, que consultaba horas y horas. Leyó a Shakespeare. Quienes la vieron, entre ellos Murry que la visitaba ocasionalmente, afirmaron que estaba convertida en una sombra. Se sentía fracasada y pensaba que con su centena de cuentos sólo había conseguido retazos de la obra que habría escrito. Los fragmentos de sus cuadernos eran cada vez más cortos, como si sus armas hubieran perdido filo. Ocasionalmente resultaban incoherentes. Y en uno afirma que el sufrimiento humano no tiene límite. En 1922 redactó tres páginas del notable texto “El nido de las palomas”. Para el cumpleaños de Nietzsche celebró la fecha sentada en los Jardines de Luxemburgo: le encantaba ver pasar a las niñeras con cochecitos de bebés. Pero allí creyó que se moría, apenas si pudo arrastrarse hasta el taxi. Ya no lo lograba trabajar prácticamente nada. Se aterraba y al repasar sus libros de notas conmueven sus esfuerzos. Desesperada, en julio de 1922 se retiró a Fontainebleau, donde murió la noche del 9 de enero de 1923. No obstante ser tan personales, sus textos han tenido un desacostumbrado éxito popular y merecieron que les dieran espacio importante en el Museo Británico. Allí guardan los manuscritos y originales que subsistieron. Había quemado muchos considerándolos indignos de pasar a la posteridad. **U**



Katherine Mansfield